

Entre la guerra y la migración: Crónicas de una violencia encarnada en la memoria de los migrantes centroamericanos

A. Damián Ríos Vargas *

Introducción

A sus 68 años de edad, según se lee en su carnet de identificación, Efraín —como le llamaremos a este migrante—, llegó al comedor para migrantes San José, Huehuetoca un 13 de Febrero del 2013, tras haber recorrido desde Tenosique hasta el Estado de México, casi 2 mil kilómetros a *lomo de “bestia”*. Entre la prisa por continuar su camino, pero eso sí, sin dejar de disfrutar con la calma con la que se come el más succulento manjar, Efraín suelta frases entre bocado y bocado de arroz y frijoles; palabras en manojos desperdigados, memorias que evocan fragmentos de una crónica de un narrador que vaticina su próximo final. *¡Ya viví lo que tenía que vivir!* Es la memoria, ese puñado de recuerdos que dan forma a las trayectorias de decenas de miles de migrantes que transitan a diario por el territorio mexicano; y es a la vez, el último reducto, la unidad mínima e indivisible que conecta y permite al migrante reconstruir e interpretar una Historia, la historia de la migración, esa historia no contada, que viaja a lomo de la bestia, que es amputada, que es secuestrada, que es asesinada, que pasa hambres y fríos, pero también alegrías y risas.

Efraín, de nacionalidad guatemalteca, dice “fue la guerra, esa maldita guerra que lo cambio todo”. Circunstancia que afecto a decenas de miles de centroamericanos por igual, pero a diferencia de todos ellos, Efraín condensa en sus memorias y en sus pasos la historia de una violencia que se erige cómo el símbolo negado del desarrollo capitalista. Es la migración uno de los procesos sociales más complejos en el mundo, que muestra el rostro descarnado del modelo económico-político imperante que obliga, literalmente, a cientos de miles de centroamericanos a salir de sus hogares para buscar un mejor futuro.

* Maestro en Antropología Social, Universidad Iberoamericana. Correo electrónico: darriva@live.com.mx. Finalista en el Concurso de Ensayo Latinoamericano, organizado por RELACSO.

El texto que a continuación presentamos se construye desde las memorias, crónicas de vida de los migrantes que transitan por uno de los países más peligrosos y violentos para los migrantes, este es México. A través de sus trayectorias de vida, se busca comparar algunos aspectos de la vida social de la violencia, manifiesta en los conflictos armados que permearon la segunda mitad del siglo XX, y que han sido el catalizador de la migración de guatemaltecos, hondureños y salvadoreños. Cabe aclarar al lector que dada la naturaleza de las historias, se han alterado los nombres de los migrantes por seguridad de aquellos que formaron parte de alguna estructura castrense o que presenciaron crímenes perpetrados por el Estado y/o fuerzas paramilitares.

Guatemala: Un puente llamado Cabuz¹

Tendría como 25 años en ese entonces, había una persona de una aldea llamada “Comisionado del ejercito”, esa persona, se llamaba “Comisionado”, si usted entablaba palabra mala con él o no lo atendías como quería cuando iba a tu casa, decía: “Mira, eres malo no me diste comida”. El comisionado no perdonaba, se iba a la zona militar y no decía “Mira, fulano me trato mal”, decía “Fulano es guerrillero” ¿Qué hacía el ejército? (...) “¿Estás seguro que es eso?” le preguntaban al comisionado y él decía que sí y a las 12 de la noche lo sacaban y ese era el sistema del ejército. Para ellos es lo mismo. Iban y decían “Ábrame”, y uno decía “¿Por qué?” “Me vas abrir o rompemos la puerta a la fuerza”. Ya abrías y eran cuatro hombres armados, con ellos iba el comisionado del ejército, decía “Él es”, lo agarraban, lo llevaban a un puente que se llamaba Cabuz, un puente muy silencioso, un gran puente, en ese puente muchas almas se fueron. Allí le cortaban el pescuezo, les quitaban las uñas y les preguntaban si en verdad eran guerrilleros, y les preguntaban hasta que lo mataban, lo metían en una bolsa y lo tiraban. Cuando aparecía en las noticias, decía “Tantos muertos aparecieron en el puente”. Hasta hoy a la fecha, Guatemala no ha cambiado, habrán cambiado de nombre pero esos hombres, esos comisionados, siguen allí y nadie dice nada. Los muertos que ve son por ajustes del

¹A la memoria de la antropóloga Myrna Mack. La antropóloga guatemalteca Myrna Mack, destacada investigadora de AVANCSO (Asociación para el Avance de las Ciencias Sociales) fue apuñalada por un suboficial, miembro especialista del servicio militar de información del Estado Mayor Presidencial (EMP) el 11 de septiembre de 1990 al salir de su oficina, en el centro de la ciudad de Guatemala. García Prudencio (2005) El Genocidio de Guatemala a la luz de la Sociología Militar. Ed. SEPHA. Página consultada el 10 de abril. <http://www.derechoshumanos.net/libros/GenocidioGuatemala.htm>

pasado. En Guatemala todavía hay una guerra por eso, mejor nos vamos antes de que nos toque a nosotros. (Jenaro y Marta migrantes indígenas Mam Enero 2013).

El día 19 de marzo del 2013, a las 08:30 de la mañana, se inició el juicio contra el expresidente y dictador Efraín Ríos Montt, sus cargos eran por genocidio y crímenes de lesa humanidad durante el periodo de 1981 a 1983. Por casi dos años, —tiempo en el que gobernó Ríos Montt y según datos del IDMC (International Displacement Monitorin Centre) recuperados de La Oficina de Derechos Humanos del Arzobispado, en conjunto con la Comisión de la Verdad—, entre 350,000 y 1,350 mil personas fueron obligadas a huir de sus comunidades, ya fuera hacia el interior del país o al extranjero². Por supuesto, nadie sabe exactamente la cantidad de muertos, o desplazados durante los casi cuarenta años de conflicto armado, tiempo en el que Guatemala estuvo sumida desde el golpe de estado a Jacobo Arbenz, hasta la firma de los acuerdos de paz en 1996 entre el gobierno y la guerrilla.

En las décadas autoritarias de Guatemala, desde el derrocamiento de Jacobo Arbenz en 1954, hasta la firma de los acuerdos de Paz en 1996, la arquitectura del terror fue simultáneamente un instrumento de la guerra y un recurso ordenador que se enraizó en las estructuras más elementales del estado guatemalteco para dominar a la población local por la vía del medio y de la intimidación. La violencia de Estado creó prácticas y mentalidades basadas en una dialéctica del miedo, que históricamente ha sido normalizada, ordenando y desordenando la dinámica social del pueblo guatemalteco. Prueba de esto, es el fragmento de la historia de vida de Jenaro y Marta. El conflicto entre el Estado guatemalteco y la sociedad civil se ha encarnado en la historia de este pueblo centroamericano, mostrándonos su impacto transgeneracional a través de las narrativas de los migrantes.

Se pensó que con los acuerdos de paz del 96, Guatemala daría paso a un nuevo sistema de gobierno; sin embargo, eso no sucedió así. La violencia que se había enraizado en la historia, en las memorias, en la

² La disparidad entre los 350 y 1,350 mil desplazados descansa en que se contabilizan los desplazados internos y externos, así como aquellos que no fueron registrados en el padrón de desplazados. Para conocer más en torno al caso favor de revisar el siguiente documento. IDMC (International Displacement Monitorin Centre) (2009) *La violencia y la desigualdad siguen obstaculizando las soluciones para los desplazados internos*. Página consultada el 12 de Abril del 2013 [http://www.internal-displacement.org/8025708F004CE90B/\(httpEnvelopes\)/8F728EFA6C49EEDBC12576A50049AD63?OpenDocument&count=10000](http://www.internal-displacement.org/8025708F004CE90B/(httpEnvelopes)/8F728EFA6C49EEDBC12576A50049AD63?OpenDocument&count=10000)

vida cotidiana del pueblo guatemalteco, se expresa hoy por hoy en la larga marcha que tienen que sufrir a diario miles de migrantes guatemaltecos.

Habrán cambiado de nombre, de estrategia, habrán re-inventado el discurso y las practicas, pero la violencia sigue allí, en los campos, en las ciudades, en las fábricas, las escuelas, los mercados, y más allá de la frontera (Marta migrante indígena Mam guatemalteca Enero 2013).

Como se lee en el informe de la Comisión para el Esclarecimiento Histórico (CEH 1999), el conflicto armado agravó las condiciones sociales de los sectores más marginados históricamente en Guatemala durante el tiempo de la posguerra. El empobrecimiento económico de las familias, aunado a la crisis económica y política que vivía el país antes, durante y después del conflicto, fomentaron en el ya de por si deteriorado tejido social, una “nueva” construcción de la violencia. Lo anterior se entiende más claramente a partir del informe de Naciones Unidas a través del Programa de Naciones Unidas Para el Desarrollo (PENUD-Guatemala)

La firma de los Acuerdos de Paz en 1996 creó esperanzas en Guatemala de avanzar hacia una sociedad más justa en que las personas pudieran desarrollar su vida con tranquilidad. Sin embargo, el establecimiento formal de la paz no ha permitido a Guatemala alcanzar niveles significativamente mayores de desarrollo humano y la situación de inseguridad en que vive la población se ha visto agravada luego de una mejoría inicial. El país atraviesa hoy por uno de los momentos más violentos de su historia. En los últimos 7 años la violencia homicida ha aumentado más de 120% pasando de 2,655 homicidios en 1,999 a 5,885 en 2,006. Estas cifras posicionan a Guatemala como uno de los países más violentos del mundo, donde los derechos humanos de la población continúan sin ser plenamente respetados. (Programa de Seguridad Ciudadana y Prevención de la Violencia del PENUD-Guatemala 2007: 9)

“La nueva guerra” a la que se refieren Jenaro y Marta, es la guerra de la pobreza, del hambre, de la desigualdad e injusticia social, de los cárteles de las drogas y del tráfico de armas. Según datos del

Instituto Nacional de Estadística de Guatemala (INE) publicados en el diario Siglo 21³, El 73% de la población indígena del país, —que representa un 60% del total de habitantes— vive en condición de pobreza, el 40% de los guatemaltecos vive en condiciones de pobreza no extrema y el 13% sufre de extrema pobreza (INE 2012 en Siglo 21). Ante la falta de condiciones dignas de vida, un promedio de casi 200 mil guatemaltecos —según datos del Instituto Nacional de Migración la mayoría indígenas— cruzan la frontera anualmente a territorio mexicano, ya sea para trabajar en las fincas chiapanecas o para ir a los Estados Unidos. En todo caso, la salida de los sectores marginados que constituyen el grueso de la sociedad guatemalteca, disminuyen el gasto y por ende la responsabilidad del Estado en materia de seguridad social, educación, salud, campo e incluso en una marcada tendencia de decrecimiento del empleo, según se ve en el informe del PNUD contrastado con los datos del INE y del INM. De este modo, la omisión del Estado presiona a los migrantes para que, a través de sus remesas, no sólo suplan el papel estatal, sino que también nutran los circuitos de una economía informal que sólo permite el sostenimiento precario de los sectores más golpeados de la sociedad guatemalteca, reproduciendo las condiciones de marginalidad que detonan la migración en detrimento de la economía formal que hace de las remesas jugosos dividendos en los mercados que especulan con los envíos.

¿Y cómo te sientes ahora que están enjuiciando a Ríos Montt?

Por fin siento que se está haciendo justicia en mi país... pero eso no va cambiar nada, ya lo que pasó, pasó. En mi tierra hubo muchos muertos y seguirá habiendo mientras sigamos saliendo por tanta violencia (Rodrigo, migrante guatemalteco, Marzo 2013)

Después de treinta años, y acorde a como se ha difundido en medios de comunicación, el juicio contra Ríos Montt, reabre una “llaga” en la historia de Guatemala. Llaga que no deja de supurar, al contrario se volvió un flujo intermitente que nutre los recovecos más profundos de la migración. A su vez, el juicio construye en los imaginarios de los migrantes guatemaltecos un sentido de nostalgia, de justicia histórica —como se puede leer en la cita de Rodrigo. Para este migrante el proceso judicial que enfrenta Ríos

³ *Siglo 21 Guatemala* (2012) *73% de indígenas vive en la pobreza*. Página consultada el 10 de abril del 2013 <http://www.s21.com.gt/pulso/2012/08/10/73-indigenas-vive-pobreza>

Montt, no resuelve el conflicto y violencia que se ha mantenido históricamente en los intersticios más profundos del pueblo guatemalteco; que coadyuva en la expulsión de decenas de miles de guatemaltecos.

El pasado 18 de abril del 2013, el abogado del ex dictador, Francisco Palomo, señalaba: *la masacre de indígenas en la década de los ochenta fue un pleito entre indígenas*⁴. Las declaraciones de Palomo no son sino un mensaje lapidario hacia aquellos sobrevivientes que se han atrevido a confrontar en las cortes a las estructuras de poder. Para Jenaro y Marta, el problema que en su caso detonó su salida, fue la permanencia de ciertos actores cómo los “comisionados” quienes según marta: *siguen libres e impunes, manteniendo un aire de violencia en el país*. Al escuchar el bramido de la bestia, Jenaro coge su mochila mientras revisa su machete, Marta se persigna y pide una oración al pie de San José. Para esta pareja Mam, el retorno a Guatemala no es una opción. Sus pasos son alentados por un mejor futuro, principalmente para sus hijos que aún viven dentro de la estadística de organizaciones internacionales, así como del Estado mismo, que los señala como los responsables de la violencia. Mientras tanto, Rodrigo mueve la cabeza de un lado a otro de la vía esperando a que pase “el bueno”, el tren que lo alejara de la violencia de su país, repitiendo tal si fuese una plegaria: *mientras siga habiendo violencia seguiremos saliendo...*

Son las historias que arrastra el tren, son las historias de la larga marcha, de una larga marcha que no parece ver fin, de una marcha que ha mutilado a un pueblo de pueblos.

Hace no más de tres meces nació “Raúl”. El niño llegó al albergue tras haber recorrido casi setecientos kilómetros desde Coatzacoalcos, Veracruz, hasta Huehuetoca. De madre salvadoreña y padre mexicano, el pequeño Raúl es, al igual que decenas de niños, forma parte de la historia del proyecto fallido de un matrimonio que quería que su hijo fuera ciudadano norteamericano, proyecto incumplido al que se suma el asesinato de su padre en las vías del Kansas según lo cuentan los informantes. Vero (su madre) salió por la violencia, su objetivo era llegar a los Estados Unidos y reencontrarse con “un familiar” que escapó en el 93 por temor a los ajustes de cuentas contra miembros clave del FMLN (Nota del diario de campo septiembre del 2012)

⁴ <http://www.jornada.unam.mx/2013/04/19/mundo/033n1mun>

El Salvador: La herencia de la guerra, un pueblo huérfano

Sólo el que no ha vivido esto desde el inicio de la guerra hasta hoy, no tiene ni la menor idea de lo que está viviendo El Salvador. Allá, sinceramente le digo, allá en el salvador se está viviendo una guerra. (Henry migrante exsoldado salvadoreño entrevista febrero del 2013)

Dentro del contexto histórico de los conflictos armados en El Salvador, se encuentran las pautas que permiten aproximarnos al entendimiento de las narrativas de violencia que coadyuvan actualmente a la salida de decenas de miles de salvadoreños. En las entrevistas hechas a migrantes salvadoreños, como lo veremos a lo largo de este apartado, podemos observar una re-conceptualización del sentido de guerra como un pasado que ha formado en el consciente-inconsciente de los salvadoreños, una arquitectura de violencia no muy diferente en muchos aspectos al caso guatemalteco.

El Salvador es, en términos geopolíticos, el país más pequeño de Centroamérica y el más densamente poblado a nivel continental. En un territorio no mayor 21,041 km² viven un aproximado de 6 millones de habitantes. Durante los poco más de diez años que duró en conflicto, un quinto de la población —equivalente a poco más de 1 millón de salvadoreños, según datos de la CEPAL (1993)— se encontraban en el extranjero, principalmente en los Estados Unidos, producto del conflicto armado.

Como lo señala el Informe de la Comisión de la Verdad para El Salvador⁵, entre 1980 y 1991, El Salvador estuvo enfrascado en un conflicto armado que fue resultado de décadas de luchas sociales tanto regionales, —propias de El Salvador— como geopolíticas, e incluso internacionales. La privatización de la tierra (como lo vimos en el caso guatemalteco) fue el eje rector que detonó una serie de conflictos sociales que dieron inicio a finales del siglo XIX en Centroamérica. El origen de la violencia entre el Estado y la población descansa en un capitalismo agroexportador latifundista y oligárquico que fue implantado a los estados centroamericanos a partir de las políticas de privatización de las tierras

⁵ El Informe de La Comisión de la Verdad para El Salvador, titulado De la locura a la esperanza, se puede consultar en la siguiente página electrónica: <http://www.derechoshumanos.net/lesahumanidad/informes/elsalvador/informe-de-la-locura-a-la-esperanza.htm>

comunales diseñadas desde los Estados Unidos, no sólo para el frágil y emergente estado salvadoreño, sino también para el resto de los países de ésta porción continental.

El intervencionismo estadounidense durante los primeros 30 años del siglo XX detonó dos procesos fundamentales en la región: Por un lado, el desarrollo de una economía-política basada en las exportaciones agro-industriales provenientes de las empresas transnacionales, como por ejemplo la United Fruit Company, así como las fincas cafetaleras en detrimento de las economías locales (Lauria-Santiago 1999); el segundo, y derivado de lo primero, propició la expulsión de amplios sectores indígena-campesinos, generando una clase obrera urbana en crecimiento que no encontraba fuentes de empleo en las nacientes urbes salvadoreñas (Landolt, Autler y Baires en Portes y Guarnizo 2003) Paige (1998:81).

La necesidad de mantener los intereses del capitalismo estadounidense en la región —y particularmente en El Salvador— derivó en múltiples golpes de Estado, procesos electorales fraudulentos e incluso en la instauración de gobiernos o juntas militares que se sobreponían a los intereses de las masas populares (Quenan 1982). El ejemplo más icónico fue el golpe de estado contra el presidente Arturo Araujo en la década de los treinta, resultado del intento por poner en marcha una serie de reformas en el campo a favor del campesinado salvadoreño. El golpe de Estado, se tradujo en el levantamiento armado encabezado por Agustín Farabundo Martí en 1932 tras la matanza de 30 mil campesinos (Benítez 1989). Con el levantamiento de Farabundo Martí, da inicio una serie de conflictos que se extenderán después de su muerte en ese mismo año hasta los acuerdos de paz 1992.

A diferencia del caso guatemalteco, donde no hubo una figura clara e icónica en la que se depositara la memoria historia de las luchas y levantamientos sociales, el caso salvadoreño tuvo a Agustín Farabundo Martí, quien al igual que otros luchadores sociales, como Augusto Cesar Sandino en Nicaragua, volvieron sus muertes el símbolo de las luchas entre las oligarquías nacionales-transnacionales y las clases subalternas, las cuales se enraizaron en el imaginario colectivo del pueblo salvadoreño, durante prácticamente todo el siglo XX.

De este modo, la muerte de Farabundo Martí, lo volvió no sólo “mártir” de los levantamientos armados campesinos, obreros y sindicalistas, sino que construyó la figura del padre y mártir de la patria como símbolo profundo de las luchas armadas hasta los acuerdos de paz. Sin embargo el símbolo icónico de las luchas sociales, en un vuelco de la historia se volvería el objeto de repudio ante la espiral de violencia

que ha vivido el país desde la firma de los acuerdos de paz, hasta el día de hoy. La frase de Henry es muy concreta y encuadra muy bien lo anterior: *“Antes cuando estaba la guerra de guerrillas uno sabía quién era el enemigo, uno moría por una creencia, ahora uno ya no sabe nada (Henry ex soldado salvadoreño enero del 2013).*

Henry es uno de los miles de soldados salvadoreños desmovilizados después de poco más de una década de guerra fratricida. Entrenado por el gobierno estadounidense en técnicas de contrainsurgencia en Panamá durante la década de los ochenta para combatir a la guerrilla, Henry ve hoy en día una “nueva guerra”, una guerra para la que no fue entrenado, una guerra que diariamente obliga a miles de salvadoreños a huir principalmente hacia los Estados Unidos.

Si esta guerra que se está viviendo actualmente, esta guerra de maras hubiese aparecido en tiempo de la guerra, no hubiese habido ninguno, ¿por qué? Porque el FMLN o el ejército no lo hubiesen permitido. Con los acuerdos de paz entre el FMLN y el ejército sólo queda el ejército y desaparece la guardia nacional, policía nacional policía de hacienda. Y sacan una nueva policía que se llama la policía nacional civil. ¿Pero qué resulta? la gente vive hoy en día con un temor muy intenso. ¿Por qué? Digamos que usted tiene una tienda, allá el otro amigo es policía y allá pertenecen a la mara, entonces allá las maras porque usted tiene su negocio le piden renta, entonces usted por temor a sus hijos, le paga el dinero que ellos le exigen, usted no puede demandar con el policía, la cuestión es que el policía está en colusión con la mara. (Henry ex soldado salvadoreño enero del 2013).

El fin de la guerra, nos señala Aguilera-Peralta (1995) no trajo la paz en El Salvador. Mientras el FMLN —como fuerza política después de los acuerdos de paz— negociaba en un frente con las fuerzas económicas y políticas nacionales e internacionales emanadas del Consenso de Washington para evitar una crisis mucho más profunda de la que se había vivido (Sojo 1995 y Rojas 2010); en otro frente, se condensaban amplios contingentes de fuerzas desmovilizadas, pero capacitadas militarmente (como Henry) y un importante retorno de salvadoreños refugiados, que se sumarían a una empobrecida población civil que no encontraba ni fuentes de trabajo, ni nichos de inserción social como es el caso educativo. Ello detonó dos fenómenos fundamentales: una segunda oleada migratoria y un nuevo clima de violencia resultado de la precarización de la vida en El Salvador.

Ante la precarización económica y política, sumada a la falta de programas efectivos de reinserción de desmovilizados, algunos excombatientes se incorporaron a las filas del crimen organizado (Aguilar-Peralta 1995) o como lo narra Henry, crearon sus propias células delictivas. Incluso algunos salvadoreños retornados, crearon importantes organizaciones delictivas como la Mara Salvatrucha (MS) o el Barrio XVIII (Iñiguez Ramos en Chaves 2006). El crecimiento de la violencia en El Salvador, como en el resto de Centroamérica, no se puede entender sino a través de la gubernamentalización de los aparatos de seguridad e inseguridad que operan en omisión o contubernio con el Estado.

Lo anterior se puede leer en la historia de vida de una ex policía a quien vamos a llamar Laura: *Los pobres no tenemos derecho a una vivienda, a nada. Alguien que tiene un salario mero no puede optar a nada, sólo los más ricos son los que tienen para una vivienda (Laura ex policía migrante salvadoreña febrero del 2011).*

Las condiciones económico-políticas heredadas por la guerra en El Salvador, han detonado dos procesos fundamentales para la migración no sólo salvadoreña sino centroamericana. Por un lado reconceptualizar al sujeto, esto es “desclazarlo”, es decir separarlo de la condición de clase social y presentarlo en términos de un “nuevo enemigo” (el enemigo del neoliberalismo) *un sujeto híbrido* (en términos históricos) *producto de la exclusión, de la marginación, del desempleo, del abandono social.* (Pegorado 2000:114-115) Por otro lado, a este sujeto a quien vamos a llamarlo “criminal-migrante”, ha de legitimar tanto el derecho de Estado a ejercer la violencia, como y desde el estado de derechos a hacerla justa y justificada.

Sin embargo, las frágiles condiciones principalmente político-económicas del Estado neoliberal siguiendo a Rose (1997) no permitirán en el caso del FMLN, ejercer a plenitud sus funciones ni como estado de bienestar, ni como estado de seguridad. La historia de Henry, engarzada a la construcción del Estado desde Rose se amalgama con el nuevo sujeto que propone Pegorado. La construcción del nuevo sujeto desde el Estado neoliberal ha fomentado el crecimiento desmedido de la violencia, reconstruyendo en el imaginario del pueblo salvadoreño, una “nueva” forma de expresión de la guerra, pero ahora como una violencia derivada del crimen organizado. El nuevo clima de violencia después de los acuerdos de paz, ha detonado un intermitente flujo migratorio que huye, literalmente de esto que han denominado como “una nueva guerra”.

Un día un marero llegó allí donde tengo mi taller a decirme que quería que le pagara renta. Entonces yo, así serenamente, andaba con mi ropa de trabajo y con mis manos llenas de grasa, fui me lave las manos, me cambié de ropa, y le dije “¿Quieres que te pague renta?, pues vamos con un abogado para que hagamos un contrato para un acuerdo y te pague lo que te vaya a pagar, pero si es otra clase de renta por mi trabajo, no te voy a pagar y aquí te voy a matar.” y agarré un machete y se lo puse en el cuello y le dije: “El día que le pase algo a mis hijos te acordaras, serás el primero, iré a casa de tu familia y te voy a matar y te voy a comer delante de tu familia. (...)” Uno de ellos me conoce, me conoce perfectamente porque al que le puse el machete fue y les dijo a los otros y a su jefe, y su jefe le dice: “Y bueno, ¿Con quién fuiste?”, “Con el dueño del taller” y que le dice “¿A quién fueron a tocar ustedes? ¿No saben quién ese tipo, ese tipo queriendo si te mata?” pero bueno inténtalo otra vez y te darás cuenta, a ese hombre lo conocí en el cuartel, ese hombre se metía a los campamentos de la guerrilla solo (...) De allí, me dice mi esposa, “Fíjate que ya tuviste este problema aquí, vendamos esta casa y vámonos de aquí” y un día frente a frente mi esposa decidimos vender la casa para salir de allí. (Henry ex soldado salvadoreño enero del 2013)

La narración de Henry nos invita a preguntarnos ¿Podemos pensar que en el caso salvadoreño no se trata de una migración convencional, sino de desplazados por un “nuevo conflicto” que está siendo re-conceptualizado por la población salvadoreña que transita por México? Replantear la noción de guerra como expresión de una violencia heredada históricamente —desde las experiencias de los migrantes que han formado parte de algún cuerpo de seguridad dentro del Estado salvadoreño— nos lleva a cuestionar los paradigmas en torno a la migración, abriendo la puerta para un debate en torno a las causas que alientan la salida de miles de centroamericanos.

La historia de Henry es el presente y pasado de una violencia que construye anclajes en la medida en la que se va resiniendo a través del tiempo. La lucha armada que inició con la matanza de 30 mil campesinos indígenas, y por la cual se levantaría en armas Farabundo Martí, es hoy en día un pasado que alimenta esta nueva “guerra” la cual a diario consume decenas de vidas.

“Raúl” llegó al albergue tras haber recorrido casi setecientos kilómetros desde Coatzacoalcos Veracruz, hasta Huehuetoca a lomo de la bestia. El padre, a quien llamaremos “Luis” conoció a “Verónica”, la madre del niño, en un bar del puerto de Coatzacoalcos. Con escasos 24 años, Verónica se embarcó en el

tren de Tenosique a mediados del 2011 con la ilusión de llegar a los Estados Unidos. En Tenosique fue enganchada por un pollero de nacionalidad salvadoreña quien por 500.00 dólares la iba a llevar hasta Estados Unidos. Llegando a Coatzacoalcos, fue trasladada a una casa de seguridad junto con un grupo de migrantes. (...) *Cuando me vio, le dijo al marero que nos llevaba que cuanto por esta, yo me asusté mucho y me puse a llorar. Cuando se acercó a mí y me dijo que me parará porque me quería ver bien yo le dije que no, pero él me agarró, así de los pelos y me levante, yo me puse a llorar mucho y le pedí de favor que me dejara. Un compañero intento defenderme pero unos sujetos lo agarraron a golpes y lo amenazaron con una pistola. Sin patria ni “nacionalidad” “Raulito” deambula en brazos de su madre buscando poder llegar a los Estados Unidos e iniciar una nueva vida, eso sí, sin subirse al tren ni de fiarse de ningún migrante (nota de diario de campo septiembre del 2012)*

Honduras: El Aguacate y un país sin rumbo

El Aguacate es una pequeña aldea, situada al este de la ciudad de Catacamas, Olancho. En los años setenta fue la base del Batallón de Ingenieros, luego fue abandonada; pero en julio de 1983, las Fuerzas armadas ordenaron su rehabilitación para albergar al XVI Batallón de Infantería con asiento en Juticalpa, Olancho. El objetivo era construir un centro estratégico para apoyar las fuerzas contrarrevolucionarias de Nicaragua, conocidos como Contras. La rehabilitación incluyó la reconstrucción, ampliación y modernización de la deteriorada pista de aterrizaje, trabajo a cargo de las Fuerzas Especiales del ejército de los Estados Unidos. Desde septiembre de 1983, el COFADEH ha venido documentando denuncias y testimonios de vejámenes y ejecuciones; entre ellas el acribillamiento de 96 personas que presumiblemente se les inhumó en esos predios⁶.

¿Todos tus familiares fueron militares?

Exactamente, había fotografías en mi casa, de mi hermano, de un tío que era coronel, de mi papá era capitán. Desde allí me metí a ser militar, me nació de corazón. Yo me metí al ejército a la edad de 15 años. ¿Por qué? Por la pobreza misma, pero también porque toda mi familia había estado allí. Empecé como sargento raso de infantería, después me promovieron a sargento segundo, experto en explosivos y

⁶ <http://www.derechos.org/nizkor/honduras/doc/aguacate.html>

demoliciones. Nosotros fuimos capacitados por los Boinas Verdes de los Estados Unidos, ellos nos enseñaron a usar todo tipo de armas automáticas, fusiles largos y cortos, M-60, M-50, AK-47. En ese entonces nosotros estábamos en la guerra de Honduras con Nicaragua. Como era uno de los mejores soldados, me asignaron para la frontera a Llamales, Espinales, Trojes. Teníamos combates a cada rato. Sé cómo cruzan las balas, he visto los cuerpos de la gente. Cuando terminaron mis operaciones en la frontera, fui asignado al XVI Batallón de infantería “El lugar de los cazadores” Cuando llegue al XVI Batallón a mí me dieron el rango de sargento raso experto en explosivos. A mí me mandaron con “los contras”, los contras son los que estaban contra el gobierno revolucionario nicaragüense, allí estuve agregado a esa unidad contra.

¿Y cómo vives con esto?

Yo vivo mal. Yo mate a alguien que no tenía que matar. Yo tire una granada, pegada a la pared de una casa, mate como a tres niños. Murieron instantáneamente, supuestamente la casa estaba sola, supuestamente unos guerrilleros se fueron a meter allí, estábamos en zona de guerra, entonces tire y tiró el otro y ya cuando miramos estaban los soldados, tres soldados muertos. Sin embargo, así es la guerra, tú estás disparando porque te están disparando y no vas a ver a quien vas a matar. Desde esa vez no tengo paz en mi vida, me la paso pensando una y otra vez. Yo me voy y desaparezco y me duele la cabeza, yo mejor me salgo porque me quedo pensando cómo el ejército me dio tanto poder. No es que yo sea malo, yo le pedí perdón a Dios por lo que había hecho, pero eso no basta en esta vida. Unos creen que porque le pidieron perdón a Dios, el alma se va a purificar, pero no se purifica bien. Yo no era así, el ejército me hizo así. Cuando Salí del ejército tuve mi fusil AK-47 y una 9mm, es lo que me llevé. Sin embargo el ejército me volvió una persona violenta. (Itzcoátl migrante hondureño entrevista realizada en mayo del 2012)

La historia de Itzcoátl es la historia de Honduras, es la historia de un desmovilizado que transita —al igual que su país— sin un rumbo fijo, deambulando de un lado a otro, buscando la forma de escapar, de no vivir o mejor dicho, de no revivir su pasado. Pero también es la historia de una violencia estructural interna-externa, una violencia que responde, hasta el día de hoy, a las necesidades del proyecto tanto económico-político estadounidense, así como global. Esta violencia que se heredó de generación tras generación, moldeó como si se tratase de arcilla, no solamente los cuerpos o las mentes del pueblo

hondureño que vivió los estragos de más de cien años de intervención política-económica y militarmente, sino también, los de toda un región.

La decisión de Itzcoátl por entrar al ejército obedece a este proceso de gubernamentalización de la violencia, visto tanto en el caso guatemalteco como en el salvadoreño: En un nivel, no sólo sintió el llamado heredado de padre a hijo, sino también vio la necesidad de incorporarse tempranamente a una actividad económica que pudiese solventar las necesidades del núcleo familiar. La pobreza como recurso para reclutar en este caso, soldados, nos muestra una forma instrumental en la que ha operado la violencia de Estado. Pero también nos muestra la forma en la que este aparato represivo, —concientizado por Itzcoátl— se convierte en un mecanismo de sostenimiento necesario, no sólo al interior de la estructura familiar, sino quizás y más importante, muestra la forma en la que la estructura social incorpora y reproduce la estructura de poder del Estado desde el nicho familiar y por ende, de violencia histórica y transgeneracional.

El paso de Itzcoátl por el ejército y su vivencia en “la guerra”, construye un sistema de conocimiento y valores que permiten adentrarnos a una de las estructuras más celosamente guardadas por el Estado. El sistema de conocimientos y valores de Itzcoátl es una muestra de la instrumentalización a la que llega la gubernamentalización de la violencia. Cabe añadir a lo anterior un hecho fundamental, no descartamos las necesidades objetivas que privan en la pobreza, sin embargo, el “bombardeo” simbólico —ideológico presente en el hogar— pone en un segundo plano las condiciones objetivas, haciendo ver a la pobreza como un mal a combatir, producto de las revueltas y levantamientos armados por todo Centroamérica. A su retirada y sólo fuera de las fuerzas castrenses, es como su conocimiento y percepción del ejército cambia.

¿Cómo percibes tu país en este momento?

Mi país está hecho una mierda, mi país es peligrosísimo, allí no tienes seguridad, no hay seguridad de nada.

¿A qué crees que se debe?

A ellos mismos. La gente retirada del ejército o la policía ahora está metida en el narco y como saben que uno sabe manejar armas y la especialidad que tiene uno, lo “caminan” queriéndolo meter al caos. Yo le corrí y por eso me balacearon. Yo no sé a dónde ir o dónde huir porque con esa gente nunca hay nada seguro. El problema fue con unos narcos, como militar nunca les deje pasar una, por eso estoy aquí en México. (Itzcoátl migrante ex soldado hondureño mayo 2012)

Sólo fuera del ejército, Itzcoátl pudo construir una narrativa distinta de la violencia y de sí mismo. De ser un instrumento legítimo por el cual el Estado hacía patente su derecho a ejercer la violencia, pasó a ser crítico, mostrándonos ese Estado no privado del cual poco se conoce. A ello, conviene recuperar el trabajo de James Varini que en su artículo “*Los prisioneros mandan, bienvenido a la ciudad con más asesinatos en el país y en el mundo*” elaborado para la revista Foreign Policy, nos muestra cómo Naciones Unidas en el 2011, catalogó a Honduras como el país más letal del mundo, incluso, superior a Irak o Afganistán. La violencia ha llegado a tal nivel que en enero del 2013, los Cuerpos de Paz de Estados Unidos retiró a toda su gente del país debido al alto índice de violencia. Pero ¿De dónde viene esta violencia y como se amalgama a la crónica de Itzcoátl?

Moreno explicó que en la década de los ochenta, las familias terratenientes como la de Lobo⁷, empezaron a emplear a bandas de exsoldados para mantener en línea a los campesinos que exigían un mejor trato. Estos grupos paramilitares eran fáciles de formar y fáciles de armar. Las armas sobraban debido a las guerras civiles y las intervenciones estadounidenses en los países vecinos como Nicaragua y El Salvador y llegaban a raudales a Honduras (lugar que la CIA utilizaba como base de operaciones para ayudar a los Contras.) Comprar una AK-47 era tan fácil como comprar un par de zapatos. Estas milicias eran más difíciles de disolver. Cuando los grupos empezaron a buscar otras fuentes de ingresos, se aliaron con narcotraficantes. (Verini en Foreign Policy 2013:10)

Arturo Reina (1981) propone que la militarización de Honduras durante la década de los ochenta y noventa, respondía a una lógica más de contención interna-externa que a una de salvaguarda del Estado mismo. Ello a partir de la política implementada por Estados Unidos dentro del país. Los conflictos en

⁷ Se refiere al Presidente Porfirio Lobo Sosa.

Centroamérica, lejos de no impactar en Honduras, tuvieron repercusiones profundas en la dinámica económico-política, particularmente en el campo de la seguridad, esto durante la década de los ochenta, extendiéndose hasta los noventa, según se lee en la cita del artículo de Verini. Para Itzcóatl, la puesta en marcha de operaciones de contrainteligencia, operó en dos direcciones: Interna y Externamente. De forma externa y con ayuda de los Estados Unidos, se capacitó a escuadrones de la muerte, paramilitares y organizaciones golpistas y antiguerrilleras, las cuales tenían como objetivo mantener el orden desde una política privada y a la vez crear un “caos” público en Guatemala, Nicaragua y El Salvador durante la década de los ochenta.

A esta política basada en la violencia privada, se le sumó la participación de las cúpulas empresariales para mantener el poder hasta la fecha en manos de las pequeñas oligarquías hondureñas, como por ejemplo la United Fruit Company y los partidos de derecha, (Cruz 2010). El trabajo en conjunto del gobierno hondureño con la Casa Blanca, mermó todo intento de insurrección social, al grado incluso, de orquestar en territorio hondureño múltiples golpes militares disfrazados de cambios democráticos, principalmente en Nicaragua y El Salvador (Barrado y Serrano 2010).

A las afueras del albergue Hermanos en el Camino en Ixtepec, Itzcóatl contempla el tren, cabizbajo medita. Él no busca el sueño americano, simplemente busca huir de los demonios que lo persiguen y de las imágenes de guerra que lo atormentan cada noche. En más de una ocasión se le ha visto deambular a solas por el patio del albergue, no puede dormir, son sus recuerdos (...)

Conclusiones: Nostalgias de un viajero

Fue la guerra, esa maldita guerra que lo cambio todo, ahora lo veo más claramente. Así Efraín comienza sus memorias. Un viejo que ha visto cómo ha ido evolucionando la violencia y como esta ha conseguido que anualmente poco más de medio millón de centroamericanos huyan de sus países.

Fue después del golpe a Arbenz, yo tenía como 19 años, estaba bien chavalito, pero en aquel entonces era bien fácil irse. ¿Por qué me fui? La verdad, porque me peleé con mis papás, porque yo quería algo mejor, algo distinto y allá no había trabajos, sólo en el campo y como soldado, ya que apenas se estaba dando mucho eso del reclutamiento por eso de la guerrilla. En aquel entonces no había problemas para cruzar la frontera. Antes no era como ahora. Antes uno cogía un autobús allí en Tapachula y te ibas

directo hasta México y allí tomabas otro y te ibas directo hasta Estados Unidos, y la migra allá. Allá qué te iban a estar revisando, nada más cruzabas el río y ya estabas del otro lado, sólo que tenías que tener cuidado para que no te agarraran. Te digo una cosa, allá uno se malea y es la única forma de sobrevivir. Antes no veías toda esta gente pasar así.

Como a los 30 regrese a mi país, pero ya todo estaba cambiado. Mucha violencia. Siempre en los periódicos salía que tantos muertos, que el ejército entró en combate con la guerrilla en tal lugar. A mí me querían agarrar para entrar al ejército pero dije que no y mejor me volví a ir. Sin embargo, yo empecé a ver mucha gente que también se iba, mucho salvadoreño que cruzaba. Fíjate como son las cosas, ahora son hondureños. Fue cuando estuve allá en Estados Unidos donde me entere de la guerra que se estaba viviendo. Pero lo más fuerte fue en los ochenta, cuántos muertos. Yo perdí dos hermanos, estaban aún chavalitos. Si me los hubiese traído... Allá conocí a muchos salvadoreños, nicaragüenses, paisanos míos. Una vez llegó uno que decía que había sido guerrillero, no sabes qué de cosas me contó, de cómo torturaban los soldados a la gente, de cómo los mataban y siempre que me contaba esas cosas me acordaba de mis hermanos. ¡Qué de muertos!

Yo hice toda mi vida allá en Estados Unidos, allá tengo a mis hijos, mi esposa falleció hace unos años, ya todos mis hijos se casaron y hasta tengo nietos. Con la firma de la paz pude regresar pero me atonte porque hubiese pedido mis papeles bien. Sin embargo yo tengo mi credencial de residente y con eso paso sin ningún problema. A mí me da mucha tristeza ver a los muchachos como se montan al tren, parecen moscas. Yo lo recuerdo muy bien porque cuando se firmó la paz, a los dos años murió primero mi papá y al año mi mamá. Yo fui y les pedí que me perdonaran por todo. Me estuve unos meses en la casa, pero si antes era violento por eso de la guerra, en ese entonces estaba peor. Ahorita ha bajado un poco, pero no había día que no salieran en el periódico tantos muertos. Pero como ya no tenía familia, salvo una hermana, mejor me regrese. Pero esa vez qué me agarra la migración en México, pero con unos dólares me dejaron seguir. Esta última vez que regresé, fue porque mi hermana se puso muy mal, ella es más grande que yo, tiene 72 y me pidió que le ayudara con uno de sus nietos porque estaba metido en problemas con una mara. Yo me subí al tren porque el chaval no tiene papeles y si me lo llevaba en el camión íbamos a tener problemas y también para saber qué se siente. Porque siempre en las noticias sale eso de los migrantes y el tren y como yo ya estoy grande, no tengo familia, no tengo nadie que me espere. Pasará lo que Dios quiera que pase, ya es mi última aventura lo siento en los huesos.

Yo siento mucha tristeza y mucho coraje por todos estos muchachos que tienen que viajar así. Las mujeres con sus niños, eso no está bien y ¿Todo para qué? Allá no hay trabajo, allá la gente se está matando por unos dólares, o se avientan la migra los unos a los otros. Además aquí, fíjate, allí pasando un lugar que se llama Coatzacoalcos, me dijeron así –No se vaya a subir en ese tren, padre, porque adelantito lo van a asaltar y a esa gente no le importa que usted sea un viejito y cabal–. Ahorita preguntándole a unos muchachos que iban allí adelante los asaltaron, a unas mujeres se las llevaron, y yo con ese chaval no me puedo arriesgar. Ya las cosas no son como antes, antes eran mejores tiempos, cuando menos había un poco más de respeto. (Efraín, migrante guatemalteco, febrero 2013)

La violencia, como lo hemos expuesto, es una práctica disciplinaria que se enraíza en los intersticios más profundos de la sociedad local-global centroamericana, haciéndose ver como un fenómeno normal, justificado e incluso, —para ciertos sectores de la sociedad— necesario. De este modo, la violencia norma, ordenando y desordenando las trayectorias de vida de los migrantes. Para los migrantes aquí expuestos, su tránsito lo re-coloca constantemente en una arquitectura de violencia que se ha ido anclado históricamente en sus memorias. A diferencia de los casos que estamos acostumbrados a leer o escuchar en torno a las crónicas de los migrantes, las experiencias de ex soldados o ex policías aquí expuestos, tienen una función mucho más importante que sólo recuperar sus trayectorias de vida, buscan actuar cómo medio aproximativo para la construcción de la migración. La experiencia de esta particular subalternidad, nos muestra cómo se construye la historia desde actores que en un momento formaron parte del aparato de seguridad del Estado, ya sean legales o incluso ilegales. Recuperar sus crónicas es hacer un cambio paradigmático en la concepción de la migración y el migrante, y mostrar la fractura en la estructura gubernamental que instrumentaliza a través de sus cuerpos la violencia misma.

En casos como el de Jenaro y Marta, no sólo la precarización de la vida en tiempos de la globalización obligan a que decenas de miles de hombres, mujeres y niños, principalmente provenientes de las regiones más pobres y marginadas del mundo tengan que salir de sus hogares y arriesguen sus vidas a diario para alcanzar una mejor calidad de vida; existe también un crisol de factores poco trabajados. La mayoría de los trabajos existentes sobre la migración centroamericana tocan de forma tangencial el tema de la guerra, y en algunos casos se presenta como un fenómeno inconexo con la violencia actual que viven los centroamericanos. Ello en gran medida, es debido a que las fuentes son migrantes de edades que nacieron postguerra y que les tocó vivir otra forma de violencia. Recuperar las crónicas, particularmente de los

migrantes mayores leyendo entre líneas sus silencios y comprender esas largas trayectorias de vida, nos mostrarán otra forma de ver la migración.

Bibliografía

Barrado Díaz Castor Miguel y Serrano Romero José (2010) *Los conflictos armados de Centroamérica* En Conflictos internacionales contemporáneos No. 13. Ed. Ministerio de Defensa España. España.

Benítez Manaut, Raúl (1989) La teoría militar y la guerra civil en El Salvador. San Salvador: UCA, 1989

CEPAL (1993) “*El impacto económico y social de las migraciones en Centroamérica*” Estudios e Informes de la CEPAL, vol. 89.

Comisión para el Esclarecimiento Histórico (1999) *Guatemala Memorias del Silencio.* Guatemala, Guatemala.

Iñiguez Ramos J. Martín. (2006) *Los maras: ¿Problema de seguridad pública o nacional?* En Carlos Miranda Videgaray, Ernesto Rodríguez Chávez, Juan Artola. (Coordinadores) Los nuevos rostros de la migración en el mundo. Organización Internacional para las Migraciones, Gobierno de Chiapas, Instituto Nacional de Migración México

Landolt Patricia, Autler Lilian y Baires Sonia (2003) *Del hermano lejano al hermano mayor: la dialéctica del transnacionalismo salvadoreño.* En Portes Alejandro y Guarnizo (Luis coord.) La globalización desde abajo: Transnacionalismo inmigrante y desarrollo la experiencia de Estados Unidos y América Latina. Miguel Ángel Porrúa. México.

Lauria-Santiago Aldo (1999), *An Agrarian Republic: Commercial agriculture and the politics of peasant communities in El Salvador, 1823-1914.* Pittsburgh: University of Pittsburg Press.

Paige Jeffery M (1998) *Coffee and Power: Revolution and the Rise of Democracy in Central America.* Harvard University.

Rojas Bolaños Manuel (2010) *Centroamérica: ¿Anomalías o realidades?*. En Honduras statu quo. Nueva sociedad Nro. 226 Marzo-Abril 2010 pp 100-114

Rose Nikolas (1997) *El gobierno en las democracias liberales “avanzadas”. Del liberalismo al neoliberalismo*. En Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura, ISSN 0214-2686, N° 29, 1997 , págs. 25-40

Verini James (2013) *Los prisioneros mandan, bienvenido a la ciudad con más asesinatos en el país y en el mundo*. En Foreign Policy . Vol. 2 Nro. 8 Febrero-Marzo 2013.

Artículos electrónicos

Aguilera-Peralta, Gabriel (1995) *El camino desconocido. Las nuevas funciones de los ejércitos centroamericanos*. En ¿Cuáles fuerzas armadas? Nueva sociedad Nro. 138 Julio-Agosto 1995 pp 120-131 http://www.nuso.org/upload/articulos/2436_1.pdf

Cruz, José Manuel (2010) Estado y violencia criminal en América Latina: Reflexiones a partir del golpe en Honduras. En Honduras Status Quo. Nueva Sociedad Nro. 226 marzo-abril 2010 pp 67-84. http://www.nuso.org/upload/articulos/3685_1.pdf

Figuroa-Ibarra, Carlos (1990) *Guatemala el recurso del miedo*. En La violencia en América Latina. Nueva Sociedad Nro. 105. Enero Febrero pp 108-117. http://www.nuso.org/upload/articulos/1837_1.pdf

García Prudencio (2005) *El Genocidio de Guatemala a la luz de la Sociología Militar*. Ed. SEPHA. Página consultada el 10 de abril. <http://www.derechoshumanos.net/libros/GenocidioGuatemala.htm>

Informe de La Comisión de la Verdad para El Salvador (1993). *De la locura a la esperanza*. Naciones Unidas, El Salvador. <http://www.derechoshumanos.net/lesahumanidad/informes/elsalvador/informe-de-la-locura-a-la-esperanza.htm>

International Displacement Monitorin Centre (IDMC) (2009) *La violencia y la desigualdad siguen obstaculizando las soluciones para los desplazados internos*. Página consultada el 12 de Abril del 2013 <http://www.internal->

[displacement.org/8025708F004CE90B/\(httpEnvelopes\)/8F728EFA6C49EEDBC12576A50049AD63?OpenDocument&count=10000](http://displacement.org/8025708F004CE90B/(httpEnvelopes)/8F728EFA6C49EEDBC12576A50049AD63?OpenDocument&count=10000)

Pegoraro Juan (2000) *Violencia delictiva inseguridad urbana La construcción social de la inseguridad ciudadana*. En [Inseguridad, violencia y miedo en América Latina](#) Nueva Sociedad 167 Mayo / Junio 2000. <http://www.nuso.org/revistaactual.php?n=167>

PENUD-Guatemala (2007) *Programa de Seguridad Ciudadana y Prevención de la Violencia del PENUD* - Guatemala
<http://www.undp.org.gt/data/publicacion/Informe%20Estad%C3%ADstico%20de%20la%20Violencia%20en%20Guatemala%20final.pdf>

Quenan Carlos (1982) *Crisis centroamericana e iniciativas de paz en El Caribe*. En Nueva Sociedad Nro. 63 Noviembre-diciembre 1982, pp 75-85 http://www.nuso.org/upload/articulos/1000_1.pdf

Reina, José Arturo (1981) Honduras: ¿Revolución pacífica o violenta? En *Cambios o violencia*. Nueva Sociedad Nro. 52 Enero-Febrero 1981 pp 35-56. http://www.nuso.org/upload/articulos/817_1.pdf

Sojo Carlos (1995) *Gobernabilidad y ajuste en Centroamérica*. En *América Latina: La visión de las ciencias sociales*. Nueva Sociedad Nro. 139 Julio-Agosto 1995. Pp 16-22
http://www.nuso.org/upload/articulos/2427_1.pdf

Villareal Santos, Gabriel Mario (2009) *Estados Fallidos: definiciones conceptuales*.
<http://www.diputados.gob.mx/cedia/sia/spe/SPE-ISS-07-09.pdf>

Diarios electrónicos

<http://www.derechos.org/nizkor/honduras/doc/aguacate.html>

<http://www.s21.com.gt/pulso/2012/08/10/73-indigenas-vive-pobreza>

<http://www.jornada.unam.mx/2013/04/19/mundo/033n1mun>